

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 6 / octubre de 2006

El Salon de la Justicia de Valledupar

Por Ana María Ferrer

Son las ocho de la mañana y ya cinco personas esperan a que abran la oficina. Es un despacho sin puertas, que no paga arriendo, ni ningún servicio, y consiste en una mesa con montañas de carpetas y papeles, puesta en el medio de un corredor de las antiguas instalaciones de una dependencia pública, Zona de Carreteras, en el centro de Valledupar. No tiene sillas, porque el mismo muro que da a la calle sirve para sentarse y atender a los clientes. Un letrero de cartón, de un metro de largo por cincuenta centímetros de alto, que cuelga del techo, la identifica: *Salón de la Justicia del Desplazado Oprimido*.

Media hora después llega Celides Márquez Sierra. Tiene 42 años, pero parece mayor. Es alto, delgado, un poco encorvado, de piel morena y mirada apacible. Preside la Asociación de Comunidades Desplazadas, que fundó hace dos meses, *"cansado de sufrir el trato inhumano e injusto que reciben los desplazados en las entidades del Estado"*. En este tiempo, cuenta que ha interpuesto 15.000 derechos de petición y más de tres mil tutelas para conseguir que el gobierno le dé asistencia humanitaria a los desplazados que como él, no han encontrado respuesta en las oficinas públicas. Le dicen 'Solo', aunque ya ha encontrado a aliados de su causa. Junto con Luis Carlos Daza Martínez, vicepresidente de la Red Departamental de Veedurías Ciudadanas del Cesar, Walter Mejía Contreras y una secretaria, atienden diariamente a más de cien personas cargadas de quejas.

A las nueve, una veintena de hombres y mujeres hacen cola en el Salón de Justicia de Celides Márquez. *"Mire señorita periodista, antes de contarle mi historia –dice– yo quiero que escuche a las víctimas, a ellos, los desplazados, para que se dé cuenta de que no le estoy diciendo mentiras"*. Un anciano vendedor, que todos los días llega puntual a la oficina, con sus tres termos de agua aromática, tinto y café con leche, como su más cumplido empleado, mira a Márquez con tanta concentración que sería capaz de contar luego todo lo que escuchó, sin omitir detalles.

Una señora de unos sesenta años, que está de primera en la fila, interrumpe. *"Yo soy desplazada de la violencia cuatro veces y no he podido recibir ayuda"*, exclama. *"Solo' metió un derecho de petición y estoy esperando a ver qué dicen"*. A su lado, una mujer morena, que fuma un cigarrillo y sonríe mostrando una dentadura incompleta, cuenta que hace tres años firmó un papel en blanco y sólo recibió una bolsa con un par de chancletas, un vestido de baño (risas... aquí no hay mar) y un conjunto de niño: *"hasta el sol de hoy no me han dado más nada, ni pa' un arriendo"*.

'Solo' explica su trabajo. Tiene un modelo de derecho de petición, y le dice a la gente que le saquen fotocopia donde quieran y ellos se lo llenan. *"Nos encargamos de presentárselo donde haya que llevarlo y no le cobramos dinero a nadie"*.

Márquez nació en Tomarrazón, un poblado cercano a Riohacha, en la Alta Guajira colombiana, y desde el 2001 es uno de los 89.000 desplazados por la violencia que en la última década han llegado al Cesar procedentes de ese departamento y de otras regiones de Colombia en busca de un mejor horizonte. Vivía tranquilamente en Riohacha, la capital guajira, trabajando como archivista en el Banco Agrario. Cumplía horario de oficina y cada quince días recibía su paga. No pudo ir a la Universidad, pero su afición por la lectura lo mantenía actualizado.

En 1998 Tomarrazón no tenía nada, ni profesores, ni herramientas para que los alumnos hicieran sus prácticas en el Colegio Agropecuario, ni un bus para traer a los niños que venían de otras veredas lejanas.

Márquez inició un movimiento para pedirle al gobierno departamental ayuda, pero no les hicieron caso. Mandaron cartas y nada. *“Un día propuse, cuenta Márquez, una toma a la instalaciones de la Secretaría de Educación. Fuimos más de 400 personas, entre padres de familia, profesores y alumnos. Nos dieron dos buses y algunas herramientas, pero faltaban los profesores”*. Después hicieron otra toma, y otra, y cada vez les daban algo más.

“Yo lideraba las marchas, firmaba los derechos de petición y daba la cara junto con otros compañeros, y comenzaron a tildarnos de subversivos”, explica. En el 2001 la cosa se puso fea. Se enteró que lo iban a matar. Su mamá lo alertó y le dijo que se fuera. Asesinaron a dos de sus compañeros. *“Ahí comenzó mi martirio, no he tenido paz, perdí mi trabajo y no he tenido más nunca estabilidad laboral”*.

Huyó a Bogotá porque pensó que en la gran capital podía hallar un mejor futuro, pero el frío y la insensibilidad de la gente lo obligaron a irse. Ensayó Venezuela por unos meses, pero no resultó. Resolvió entonces venirse para Valledupar, junto con su esposa y sus hijos. El miedo al grupo armado que lo hizo salir de La Guajira no lo dejó declarar su caso ante la Red de Solidaridad. Se escondió por tres años en las calles vallenatas y vivió de la solidaridad de algunos amigos y familiares.

Un día tomó aire suficiente en sus pulmones, fue a la Defensoría del Pueblo y contó su caso. *“A partir de ahí empecé a conocer el verdadero calvario que tiene que sufrir un desplazado para que le brinden ayuda humanitaria”*, dice con voz pausada, pero de repente lo atropella una ráfaga de palabras que pelean por su salir de su boca, y gesticula y mueve sus manos sin cesar.

Su carpeta se perdió entre la Defensoría y la Red de Solidaridad (hoy Acción Social). Se enfrentó a la Defensora de la época y como por arte de magia apareció. Luego le dijeron que no podían hacer nada por él porque luego de tres años y medio había perdido su calidad de desplazado. Habló con un alto funcionario, que le dijo que para ayudarlo tenía que cambiar su declaración diciendo que tenía siete meses de ser desplazado de la violencia. Lo hizo por necesidad, porque sabía que estaba actuando en contra de la ley y de sus principios. En esos papeleos y trámites conoció a otros que estaban en peores condiciones que él, y se despertó el líder dormido que salió de Riohacha vencido por el miedo a morir.

Comenzó a hablar con uno, con otro. Conoció casos de desplazados que desde hacía tres años habían declarado su caso y aún no llegaba la ayuda humanitaria. Se enteró de personas que habían firmado hojas en blanco y aparecían en la lista de los que habían recibido dichas ayudas, pero en realidad no tenían nada. Comenzó a hacer un banco de historias, conoció los requisitos y, sin pensarlo dos veces, abrió la oficina.

“Fíjese, es que la cosa es muy difícil, advierte ‘Solo’. Dentro de poco vamos a tener Personería Jurídica y le vamos a poner un aviso más grande a la oficina, con dos banderas de la patria y un escudo al fondo, porque aquí lo que hace falta es atención”.

Han pasado tres horas de la jornada laboral de Márquez. Ha hablado más que un narrador de fútbol y mantiene encantados a las personas que lo escuchan atentos como niños. Sólo atinan a asentir con sus cabezas, aprobando y certificando de esta manera cada palabra que dice sobre la pobre vida de un desplazado.

“Aquí donde estoy –dice Márquez– no he desayunado, pero esta oficina se abre de lunes a viernes, de ocho de la mañana hasta que los desplazados se vayan en la noche. Mientras los de al lado los oprimen (dice en referencia al edificio de Acción Social, que queda apenas a veinte metros de su Salón de Justicia) nosotros los ayudamos de verdad”.

Un hombre de baja estatura que está allí, ratifica lo que dice Márquez. Cuenta que debido a su gestión hoy recibe mensualmente una ayuda económica para pagar la pieza donde vive junto con nueve miembros más de la familia, cinco de ellos menores de edad. *“Los funcionarios de allá dicen que él es un vivo que se quiere aprovechar de los desplazados, pero nosotros sabemos que no es así”*, asegura con firmeza, como para que no quede duda de su sinceridad.

‘Solo’ parece dispuesto a seguir adelante, no importa lo que digan. Muchas noches durmió con un arma a su lado, por si llegaban a buscarlo, podía defenderse. *“Gracias a Dios me fui antes”*, dice aliviado. *“Hoy vivo con un fusil de retrocarga que dispara con un proveedor que se llama cerebro y funciona con un órgano llamado lengua, porque al verbo le tienen miedo”*. El viejo de los tintos le extiende un vasito de café humeante para que se reconforte. Es el guardián del Salón de Justicia del Desplazado Oprimido.